

33  
estaciones



JACINTO UCEDA

*Jacinto Uceda*

# 33 ESTACIONES

EDICIONES DOCE CALLES

© de los textos: Jacinto Uceda Martínez  
© de la presente edición:  
Ediciones Doce Calles S.L.  
Apdo. 270 Aranjuez 28300 (Madrid)  
Tel.: (+34) 91 892 22 34  
docecalles@docecalles.com

ISBN: 978-84-9744-258-9  
Depósito legal: M-19473-2019  
Impreso en España

Queda prohibida, salvo excepciones previstas en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados pueden ser constitutivas de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)) vela por el respeto de los citados derechos. Diríjase a este organismo si necesita fotocopiar algún fragmento de esta obra.

## PRÓLOGO

**E**l contenido de este libro está dividido en secuencias, agrupadas en días, en las que se alternan tres voces en el siguiente orden: la de un narrador omnisciente de una novela negra breve; la de un veterano de los años sesenta que ha decidido vivir en el recuerdo; y, por último, la de una profesora que acaba de cumplir sesenta años. Cada una de las voces se manifiesta en diferente fuente, tamaño de letra y párrafo.

Por consiguiente, puede ser leído de varias maneras:

1. Tal como aparece en el libro, todo seguido.
2. La novela negra en primer lugar, sin atender a la escritura de los otros dos personajes. Quizá esta lectura sea la más apropiada para los aficionados al género negro.
3. A su vez, el texto escrito por estos personajes puede ser leído junto o por separado.

Es decir, nada que no conozca el lector, nihil novum sub sole, quien, por supuesto, podrá hacer lo que le plazca.

El hipotético lector que pretendiere encontrar un argumento o un sentido a este libro será excomulgado y conducido en caballería sin arnés por alguaciles de justicia, tocado con capirote, hasta los jueces oidores que en público auto de fe decidirán su castigo, que habrá de ser el tormento o la hoguera. Será agravante haber indagado el género literario al que pudiere pertenecer.

Por orden del autor  
Eufrasio de Madrid

## JUEVES, 12 DE ENERO

Cuando uno está a punto de morir de manera violenta o imprevisible algunos, sugestionados por el cine, estamos convencidos de que tiene a su disposición unos últimos instantes para que pase por su mente una sucesión vertiginosa de las imágenes en las que nuestra percepción pudo haberse detenido a lo largo de nuestra vida.

Debe ser por instinto que nuestro cuerpo reúne todas sus fuerzas para recuperar en el cerebro la totalidad de recuerdos importantes que pretendíamos haber olvidado. Cuando todo está a punto de acabar quizá entendamos que habíamos urdido un pasado sedante y que, como bajo hipnosis, habíamos arrinconado demasiadas decisiones cobardes, desatinadas o incomprensibles, y que nuestra existencia había consistido tal vez en una actuación o un sueño confusos. Este descubrimiento debe ser una venganza del tiempo, ese canalla sin clase, por haber utilizado una ínfima parte de él a nuestro antojo. Es posible que en ese frágil segundo llegue uno a conocer si ha sido una persona indecente, un lameculos cobarde o ha vivido con una mínima dignidad.

**El metro**, qué sería de nosotros sin él, es el tren de los pobres y circula por el reino de la escasez, subterráneo y oculto, para que ellos no lo vean.

En el metro todo está simplificado respecto al tren. El metro es seguro, nos da confianza a los de abajo, incluso más que el tren.

En el metro no se viaja. No acierto cuando hablo de viajeros, porque viajar es un intento más de encontrar la felicidad. En todo caso sería un viaje absurdo, como el de las drogas.

El metro es una parte de la ciudad, es un lugar de paso que constituye un ideal: aparece y te montas. El metro sólo es el metro en las horas punta.

El metro no es como el tren: es anómalo y paradójico; requiere una mayor aportación personal de los que se desplazan en él para alcanzar su ambiente habitual; es más desenfrenado y revuelto; desprende prisa, suciedad, urgencia, apuro y sueño. Nada en él permanece inmóvil. Es una fiesta dionisiaca en el centro de la prisa.

Un mundo con pocos niños, sin políticos, sin millonarios, sin obispos, sin generales, sin banqueros. Si alguno de estos viajara en metro, lo haría camuflado y disfrazado con barba oscura como Rasputín. No bajan hasta aquí los señores del Cielo y de la Tierra. Los demás somos controlados por cámaras y agentes de seguridad.

Es uno más de los suburbios de la ciudad. La misma gente derrotada e indignada de los barrios laboriosos es la que se desplaza en metro.

La sensación del tiempo es aquí diferente, no se cuenta en minutos y horas, se cuenta en estaciones y un trayecto no suele llegar a media hora, excepto los míos, de punta a punta, porque es mi segunda residencia.

El ecosistema del metro está tan asentado que puede afirmarse que los individuos que no se integran en él suelen ser casi siempre los que pertenecen al otro linaje, el corruptible.

Este es un buen sitio para aguardar, para observar, para vivir, para recordar. El aire ha sido respirado aquí muchas veces.

Hasta ahora se me permite viajar en este medio de transporte. El usuario vocacional del metro que soy pretende que el tiempo transcurra para él con lentitud, tic tac, tic tac, con la demora necesaria para la observación de la naturaleza de los rostros, de las sonrisas, de las vestimentas, de los libros que leen las mujeres, de los hechos que tienen lugar en el metro.

En este dédalo de estaciones y túneles convive un submundo de seres extrañados y arrojados del paraíso burgués. Y se nos han impuesto algunas penalidades: no hay agua y no disponemos de lavabos. Es un mundo seco en el que casi siempre sobrellevo una ligera hambre de hidalgo.

Los que utilizamos la línea 1, la más antigua, plebeya y menestral, no somos de fiar, por eso nos aíslan en vagones separados.

El placer de iniciar la marcha, cuando el aire se colma de chirridos y un estruendo de metales y un traqueteo se imponen al resto de los ruidos, es anuncio de un destino cierto del que no cabe dudar.

Después, el misterio del túnel, el túnel neandertal. El mar y los túneles son fecundísimos en monstruos. Los monstruos y las sombras están muy unidos.

Los túneles oscuros conducen hacia la muerte. Todo el mundo lo sabe. Animales de tiempos geológicos y millones de ratas se ocultan en lo más recóndito de los túneles. Las ratas celebran fiestas mientras los

ojos de la misteriosa bestia del túnel centellean si te acostumbras a la oscuridad. Un viento templado facilita la vida de estos seres magníficos.

A estos túneles del metro se los comerá la maleza. La ciudad de arriba desaparecerá.

Desde el cuarto vagón de un convoy de la línea 1 manifiesto mi actitud ante la vida: no tener miedo, disfrutar del ocio, del amor, de la comida y la conversación; tratar de contemplar la desnudez, la arquitectura, las calles, verlo todo como si fuera nuevo y comprender la esencia de algunas cosas y personas para poder admirarlas, para poder contarlas. Casi todo esto se puede practicar en el metro.

*Con esta etiqueta que pego a la parte trasera de la funda queda inaugurada esta tablet que me han regalado mis compañeros de departamento con el motivo lamentable de haber cumplido sesenta años. El que me lo entregó, malicioso, me dijo que no quieren que me convierta en una sexagenaria que no se entera de nada, como cierta política madrileña a la que el diablo confundirá. Además, el regalo tiene que ser usado en el metro, donde saben que paso bastante tiempo, para preparar las clases y escribir un dietario teatralizado (tengo que averiguar qué carajo es eso) y así prescindir de mis fichas antediluvianas. Ahora escribo mi nombre, Lucrecia Santini, en la etiqueta con rotulador, lo que se supone que será mi último acto de escritura a mano, como la mayoría de los millenials, los hipsters y los estudiantes de primaria. Uno de mis compañeros, el menos limitado, en un aparte me dijo que esto me obliga a mantenerme al día, al menos en tecnología, aunque no joven. Y ahora elijo el tipo de letra: Segoe Print 11. Vivan las cadenas y Viva España.*

Auxiliadora Pastor, alias Velma, inspectora de policía, debería estar ya jubilada por edad, pero se había reenganchado por no desperdiciar una antigua cooperación con algunos sujetos insignificantes –marginados les llaman– de esos que están al tanto de todo. Cualquier infracción, fechoría, o suceso violento que sucedía en el frágil ecosistema que era la zona centro de Madrid era conocido de

inmediato por alguno de ellos, cuando no eran los propios actores. En este caladero de hábiles carteristas y pícaros cortesanos algunos solían acarrear navaja de labor e, incluso, arma de fuego. A estos últimos, cuando podía, los enviaba al juez para que los entrullase. En realidad, sabía que no podría combatir el aburrimiento y tampoco leer más de lo que ya leía. La autoridad que daba una placa casi nunca le fue imprescindible porque era respetada por casi todos, pero jubilada no podría parir a medias, como se decía por estos andurriales. Sus chotas, o confidentes, repudiados por la parte más rigurosa de la sociedad, eran su única parentela. Además, prefería pegar la hebra con esta camarilla a chismorrear con las comadres de su edad. Adscrita ahora a una comisaría del centro de Madrid, procedía de la Policía Judicial, del Grupo de Desaparecidos, donde ejerció muchos años y aprendió a buscar personas. Había adquirido una mezcla de paciencia y tenacidad muy útiles para su cometido actual. Dejó el grupo por la dificultad creciente de encontrar desaparecidos. Cuando los auténticos poderosos y los políticos que hacen el trabajo sucio habían tejido sus redes de indecencia era muy difícil localizar a alguien de las listas de eliminados, huidos, tachados, inutilizados o caducados. Por eso prefirió una comisaría de distrito cerca de su barrio céntrico. Los fiambres facilitan muchos datos y es fácil hallar a los asesinos si alguien de arriba no se interpone.

**Si quieres guardar un secreto, escríbelo** en forma de ficción, como si alguien lo fuera a leer.

Estas son algunas de mis manías ocultas: la memoria, el amor y la muerte, la vejez, la escritura, el cáncer, las razones para seguir viviendo... nada del otro jueves.

Tienen que ver con nuestra única posesión, que es el tiempo, algo de tiempo, eso que llamamos vida.

Para el tiempo, ese absurdo enemigo inventado por los humanos, todas las personas son una o ninguna. Todo es uno y uno es nada. La eternidad ignora a los individuos, a los otros que nosotros somos. El tiempo es un tigre que tenemos al lado y nosotros somos el ciego que sólo percibe una imagen imprecisa y rayada en movimiento parsimonioso.

so. Sólo el recuerdo aplaza el olvido, le da esquinazo, y puede preservar la existencia de alguien, dar fe de una vida. Y, además, el recuerdo, una variante del tiempo, siempre encierra una belleza joven y prodigiosa.

No tienes nada que decir, nada que defender, sueña que no estás aquí, que ya te has ido, que todo ha terminado.

Escribir unas memorias es labor de un inminente difunto. No es eso lo que pretendo, sino vivir la memoria, recordar.

A mí hablar es lo que más me gusta en la vida, pero tengo bastantes dificultades para encontrar a alguien con quien me sienta cómoda rajando por los codos de cotilleos, de trapitos, de bolsos y otras banalidades, pero no de intimidades de famosos. Me gustan las conversaciones poco serias, para dejar de lado el drama.

Y sobre todo hablar de zapatos, repasar los zapatos que han marcado nuestra vida, la belleza de los zapatos. Botas negras cómodas en invierno —el tipo que tengo enfrente calza botas Chelsea de los sesenta—; los primeros tacones de aguja; bailarinas o zapatillas de ballet, que combinan con casi todo, para llevar en el bolso y sustituir a otros zapatos incómodos; sandalias hechas a mano para el verano; zapatillas de lona para caminar combinándolas con unos jeans; botines grises para el otoño; tacones sexys de ‘femme fatal’; los sofisticados ‘peep-toes’, esos que tienen una pequeña abertura en la punta, que son perfectos para ir elegante en primavera y parecen alargar la pierna; alpargatas anudadas al tobillo; cómodos zapatos con cuña, semicuña o tacón cubano; y muchos más. Adoro los zapatos, sobre todo los de diseño moderno, es decir, los más caros. No me tomen por una pija cretina, sólo pretendo disfrutar del buen gusto. Reconozco que la moda produce cosas bellas que, con el tiempo, se vuelven feas. Hasta puedo darles un consejo para invertir en guardarropa: compren los mejores tejidos que puedan permitirse, pero adquieran zapatos que no puedan costearse.

Incluso otro más: finja que todo le da igual; aparente naturalidad aunque haya tardado dos horas en elegir qué ponerse.

Puede afirmarse que *33 estaciones* es, ante todo, una novela que reúne varios tipos de texto, de registros de lenguaje y diversidad de géneros, como se anuncia en el prólogo.

La acción transcurre en varios lugares de Madrid y, sobre todo, en un vagón del metro de la línea 1, la más larga y antigua de la ciudad.

Tres voces distintas se alternan en secuencias más o menos breves: una primera voz narra una novela negra; la segunda y la tercera (un hombre y una mujer) expresan una diversidad de géneros y subgéneros (cuentos literarios, parodias, descripciones, ensayos sobre diversos temas, recuerdos personales, crítica literaria, historias de amor y de humor, invocaciones, valoración de lecturas, etc.) en un vagón del metro.

En algunos momentos, que debe discernir el lector o lectora, las tres líneas de escritura confluyen en situaciones comunes.

El lector o lectora recibe múltiples informaciones, como corresponde a lo que dos personas pueden pensar, sentir o recordar sentadas en el metro durante un trayecto de muchas estaciones, aunque, eso sí, debe recomponerlas para descubrir algunas realidades ocultas que circulan bajo la superficie de la acción.

**Doce Calles**  
EDICIONES

